

LA HUMANIDAD, NUESTRA ÚNICA ARMA

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO

LA ÚLTIMA ESTRELLA

RICK YANCEY

RBA

©Rick Yancey. RBA Molino, 2016

LA CHICA QUE PODÍA VOLAR

Hacía muchos años, cuando él tenía tan solo diez, su padre condujo un gran autobús amarillo hasta el planetario.

Allí, el cielo que lo cubría estalló en un millón de relucientes esquirolas de luz. Se quedó boquiabierto. Se aferró con los deditos al borde del banco de madera en el que estaba sentado. Sobre él daban vueltas pequeños puntos de fuego blanco, tan puro como el día en que la Tierra, aquella roca ennegrecida y picada de viruela, había surgido para convertirse en un planeta más que giraba alrededor de una estrella más al borde de una galaxia más en un universo infinito.

«El Carro, Orión, la Osa Mayor». La monótona letanía de la voz del astrónomo. Los rostros alzados de los niños, las bocas abiertas, los ojos más abiertos aún, sin parpadear. Y el niño que se sentía diminuto bajo la inmensidad de aquel cielo artificial.

Nunca olvidaría aquel día.

Años después, su hija, aún muy pequeña, correría hacia él, bamboleándose sobre sus rechonchas piernas de bebé, levantaría los firmes bracitos al aire, lo miraría rebosante de expectación y júbilo, y gritaría «¡Papi, papi!», mientras extendía los regordetes dedos para intentar alcanzarlo, para alcanzar el cielo.

Y saltaría, un salto sin miedo al espacio vacío, porque él no era solo su padre: era Papi. Él la cogería; él no la dejaría caer.

Gritaba: «¡A volar, papi, a volar!».

Y se dirigía hacia arriba, disparada hacia la inmensidad del cielo

sin límites, con los brazos abiertos para abarcar el infinito y la cabeza atrás, lanzada al lugar donde se encuentran el terror y el asombro, dejando escapar chillidos que destilaban la hilaridad de sentirse ingravida y libre, de sentirse segura en sus brazos, de sentirse viva.

«Casiopea».

Desde aquel día en el planetario, cuando la vida de su hija aún quedaba a quince años de distancia, supo sin la menor duda cómo la llamaría.

— | —

«ME SENTARÉ CONTIGO»

«Este es mi cuerpo».

En la cámara inferior de la cueva, el sacerdote alza la última hostia —se le han agotado las reservas— hacia las formaciones que le recuerdan a la boca de un dragón paralizada en pleno rugido; las protuberancias son como relucientes dientes rojos y amarillos a la luz de la lámpara.

La catástrofe del sacrificio divino en sus manos.

«Tomad y comed todos de él...».

Después, el cáliz con las últimas gotas de vino.

«Tomad y bebed todos de él...».

Medianoche a finales de noviembre. En las cuevas de abajo, el grupito de supervivientes sigue resguardado y oculto, con las suficientes provisiones para subsistir hasta la primavera. Hace meses que nadie muere de la plaga. Lo peor parece haber pasado y allí están a salvo, completamente a salvo.

«Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre no sea para mí un motivo de juicio y condenación...».

Sus susurros resuenan en las profundidades, trepan por las resbaladizas paredes y corretean por el estrecho pasaje que sube hacia las cámaras superiores, donde sus compañeros refugiados se han sumido en un sueño desapacible.

«Sino que, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo, y como remedio saludable».

No queda más pan ni más vino. Es la última comunión.

«El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna».

El rancio fragmento de pan se le reblandece en la lengua.

«La sangre de Cristo me guarde para la vida eterna».

Las gotas de vino agrio le queman la garganta.

Dios en la boca. Dios en el estómago vacío.

El sacerdote llora.

Deja caer unas gotas de agua en el cáliz; le tiembla la mano. Se bebe la preciada sangre mezclada con el agua, después limpia el cáliz con el purificador.

Ha terminado. El sacrificio eterno se acabó. Se seca las mejillas con el mismo paño que ha utilizado para limpiar el cáliz. Las lágrimas del hombre y la sangre de Dios, inseparables. Nada nuevo.

Seca la patena con el paño y vuelve a meter el purificador en el cáliz antes de dejarlo a un lado. Se quita la estola verde, la dobla con cuidado y la besa. Le encantaba el sacerdocio, sobre todo la misa.

Tiene el alzacuellos húmedo de sudor y lágrimas, y un poco suelto: ha perdido siete kilos desde que empezó la plaga y abandonó su parroquia para iniciar el viaje de ciento sesenta kilómetros hasta las cuevas al norte de Urbana. Por el camino ganó muchos seguidores, más de cincuenta en total, aunque treinta y dos habían muerto por culpa de la infección antes de llegar a un lugar seguro. Cuando se acercaba el momento de la muerte, él les daba la extremaunción o el rito que correspondiera, católico, protestante o judío, daba igual. «Por esta santa unción y por su piadosa misericordia...», les decía, mientras les hacía la señal de la cruz en la frente con el pulgar. «Te perdone el Señor lo que pecaste...».

La sangre que les goteaba de los ojos se mezclaba con el aceite con el que les ungía los párpados, y el humo flotaba sobre los campos abiertos, se arrebujaba en los bosques y coronaba las carreteras como el hielo sobre los lánguidos ríos en lo más crudo del invierno. Fuego en Columbus. Fuego en Springfield y Dayton. En Huber Heights, London y Fairborn. En Franklin, Middletown y Xenia.

Por las noches, la luz de mil hogueras teñía el humo de un naranja violáceo, y el cielo descendía hasta quedar a dos centímetros de sus cabezas. El sacerdote avanzaba por el paisaje en llamas arrastrando los pies, con una mano extendida y la otra sujetando el trapo con el que se tapaba la boca y la nariz, mientras las lágrimas de protesta le rodaban por las mejillas. La sangre se le reseca bajo las uñas rotas, la sangre se le incrustaba en las líneas de las palmas de las manos y en las suelas de los zapatos. «Ya no queda mucho —alentaba a sus compañeros—. Seguid avanzando». Por el camino, alguien lo apodó padre Moisés, ya que conducía a su gente desde la oscuridad del humo y el fuego a la Tierra Prometida de «¡Las cuevas más pintorescas de Ohio!».

Ya había gente allí cuando llegaron, por supuesto. El sacerdote lo esperaba, ya que una cueva no arde, es inmune a las inclemencias meteorológicas y, lo mejor de todo, es fácil de defender. Después de las bases militares y los edificios gubernamentales, las cuevas se habían convertido en los destinos más populares tras la Llegada.

Habían reunido provisiones, agua y alimentos no perecederos, mantas, vendas y medicinas. Y armas, claro: fusiles, pistolas, escopetas y muchos cuchillos. Pusieron en cuarentena a los enfermos en el centro de bienvenida de la superficie, tumbados en catres dispuestos entre los estantes de la tienda de regalos, y el sacerdote iba a visitarlos todos los días, hablaba con ellos, rezaba con ellos, escuchaba sus confesiones, les daba la comunión, susurraba lo que deseaban oír: «*Per sacrosancta humanae reparationis mysteria...* A través de los sagrados misterios de la redención humana...».

Morirían cientos antes de que las muertes terminaran. Excavaron un pozo de tres metros de ancho por nueve de fondo al sur del centro de bienvenida para poder quemarlos. El fuego ardió día y noche, y se habituaron tanto al olor a carne quemada que con el tiempo apenas lo percibían.

Ahora es noviembre y, en la cámara inferior, el sacerdote se levanta. No es alto; sin embargo, debe inclinarse para no golpearse la ca-

beza contra el techo o contra los dientes de piedra que erizan el paladar de la boca del dragón.

«Podéis ir en paz».

Deja atrás el cáliz y el purificador, la patena y su estola. Ahora son reliquias, objetos de una era que se pierde en el pasado a la velocidad de la luz. «Salimos de las cuevas —piensa el sacerdote mientras camina hacia la superficie— y a las cuevas volvemos».

Hasta el viaje más largo es un círculo, y la historia siempre regresa al lugar en el que empezó. Del misal: «Recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás».

Y el sacerdote sube a la superficie como un buceador que asciende hacia la bóveda celeste que centellea sobre el agua.

A lo largo del estrecho pasillo que asciende serpenteando suavemente entre las paredes de piedra llorosa, el suelo es tan liso como las pistas de una bolera. Hace solo unos meses, los niños avanzaban por allí en fila de a uno, acariciando con los dedos la superficie rocosa mientras escudriñaban las sombras en busca de los monstruos que se ocultaban en las grietas. Todavía eran lo bastante pequeños como para creer en monstruos.

Y el sacerdote se alzaba como un leviatán de las tinieblas profundas.

El sendero hacia la superficie pasa por delante del Sofá del cavernícola y el Rey de Cristal, entraba en la Gran Sala, la vivienda principal para los refugiados. Finalmente, llegaba al Palacio de los Dioses, su lugar favorito de las cuevas, donde las formaciones cristalinas brillaban como fragmentos helados de luz de luna y el techo se ondulaba con aire sensual, como las olas que llegan a la costa. Allí, cerca de la superficie, cuesta más respirar, el aire se vuelve más seco, impregnado por el humo de los incendios que todavía se alimentan del mundo que habían dejado atrás.

«Dios, bendice esta ceniza que vamos a imponer sobre nuestra cabeza, porque sabemos que somos polvo y al polvo hemos de volver».

Por la cabeza le pasan fragmentos de oraciones, de canciones, de letanías y bendiciones, junto con las palabras de absolución: «Dios te conceda el perdón y la paz. Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Y, de la Biblia: «Descendí hasta las raíces de los montes, la tierra con sus cerrojos me ponía cerco para siempre».

El incienso ardía en el incensario. Las vidrieras fragmentaban la suave luz del sol de primavera. Los crujidos de los bancos el domingo, como el casco de un antiguo navío mar adentro. El majestuoso ritmo de las estaciones, el calendario que dirigía su vida desde que era un bebé: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua. Sabe que le gustaba lo que no debía gustarle: los rituales y las tradiciones, la pompa y la afectación por las que los no creyentes criticaban a la Iglesia. Adoraba la forma, no la sustancia; el pan, no el cuerpo.

Eso no lo convertía en un mal sacerdote. Era tranquilo y humilde, y fiel a su vocación. Disfrutaba ayudando a la gente. Aquellas semanas en la cueva se contaban entre las más gratificantes de su vida. El sufrimiento lleva a Dios hasta su hogar natural, el pesebre del terror y la confusión, del dolor y la pérdida, allí donde nació. «Pagará con tu sufrimiento por ver Su rostro», piensa el sacerdote.

Justo al otro lado de la entrada, por encima del Palacio de los Dioses, hay un centinela; se ve su silueta fornida recortada sobre el rocío de estrellas del fondo. Un fuerte viento del norte ha limpiado el cielo, un augurio del invierno. El hombre lleva una gorra de béisbol bien calada y una desgastada chaqueta de cuero. Sostiene unos prismáticos. Tiene un fusil en el regazo.

Saluda al sacerdote moviendo la cabeza.

—¿Dónde está su abrigo, padre? Esta noche hace frío.

El sacerdote esboza una sonrisa lánguida.

—Me temo que se lo he prestado a Agatha.

El hombre gruñe para hacerle saber que lo entiende. Agatha es la quejica del grupo. Siempre tiene frío, siempre tiene hambre, siempre tiene algo. Se lleva los prismáticos a los ojos y explora el cielo.

—¿Has visto más? —le pregunta el sacerdote.

Hace una semana que avistaron el primer objeto gris plata con forma de puro flotando inmóvil sobre las cuevas durante varios minutos, antes de salir disparado de nuevo hacia arriba hasta convertirse en una diminuta cicatriz en el vasto azul. Otro —o el mismo— apareció dos días después; se deslizó sin hacer ruido sobre ellos hasta volver a desaparecer más allá del horizonte. No cabía duda del origen de la extraña nave: los moradores de las cuevas sabían que no era terrestre. Lo que los asustaba era el misterio de su objetivo.

El hombre baja los prismáticos y se restriega los ojos.

—¿Qué ocurre, padre? ¿No puede dormir?

—Bueno, últimamente no duermo mucho —responde el sacerdote. Después añade—: Hay mucho que hacer.

No quiere que el hombre piense que se está quejando.

—No hay ateos en las trincheras.

El cliché flota en el aire como un olor fétido.

—Ni en las cuevas —responde el sacerdote.

Desde que se conocieron, ha intentado saber algo más de ese hombre, pero es una habitación cerrada cuya puerta está bien atrancada por la rabia, la tristeza y el desesperanzado miedo de quien tiene los días contados. Hace meses que no hay forma de darle la espalda a la muerte ni esconderse de ella. Para algunos, la muerte es la comadrona de la fe. Para otros, su verdugo.

El hombre se saca del bolsillo del pecho un paquete de chicle, desenvuelve uno con cuidado y se lo mete doblado en la boca. Cuenta los que quedan antes de volver a guardarse el paquete en el bolsillo. No le ofrece ninguno al sacerdote.

—Mi último paquete —dice el hombre a modo de explicación.

Se revuelve sobre la fría piedra.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí? —El hombre mueve la mandíbula con un ritmo hipnótico al masticar—. ¿En serio?

El pan seco, el vino agrio: todavía nota su sabor en la lengua.

Podría haber dividido el pan, repartido el vino. No tenía por qué celebrar la misa él solo.

—Creo que sí —responde el pequeño sacerdote.

—Yo no —dice el hombre despacio, con intención—. Yo no creo en una mierda.

El sacerdote se ruboriza. Su ligera risa avergonzada suena como pasos de niños que suben una larga escalera. Se lleva la mano al alzacuellos, nervioso.

—Cuando se fue la luz, creía que volvería —dice el hombre del fusil—. Todos lo creían. La luz se va... y después vuelve. Eso es la fe, ¿no? —Masca el chicle, a la izquierda, a la derecha, empujando la bolita con la lengua—. Después empiezan a llegar las noticias desde la costa, anunciando que ya no hay costa. Ahora, Reno está en primera línea de playa. Bueno, ¿y qué? Ya hemos sufrido terremotos antes, y tsunamis. ¿Quién necesita Nueva York? ¿Qué tiene de especial California? Nos recuperaremos. Siempre lo hacemos. Eso creía.

El centinela asiente con la cabeza mientras contempla el cielo nocturno, las frías estrellas llameantes. Los ojos alzados, la voz baja.

—Después, la gente empezó a enfermar. Antibióticos. Cuarentena. Desinfectantes. Nos poníamos máscaras y nos lavábamos las manos hasta desollarnos. A pesar de todo, la mayoría murió.

Y el hombre del fusil observa las estrellas como si esperara que se desprendieran del fondo negro y cayeran dando tumbos a la tierra. Total, ¿por qué no?

—Mis vecinos, mis amigos, mi mujer y mis hijos. Sabía que no podían morir todos. ¿Cómo iban a morir todos? Algunos enfermarían, pero la mayoría no, y el resto mejoraría, ¿no? Eso es la fe. En eso creíamos.

El hombre se saca un gran cuchillo de cazador de la bota y empieza a limpiarse la suciedad de debajo de las uñas con la punta.

—Esto es la fe: creces; vas al colegio; encuentras trabajo; te casas; formas una familia. —Tras terminar con una mano, una uña por

cada rito de iniciación, empieza con la otra—. Tus hijos crecen. Van al colegio. Encuentran trabajo. Se casan. Forman una familia.

Rasca, rasca, rasca, rasca. Se echa la gorra atrás con el pulpejo de la mano que blande el cuchillo.

—Nunca fui lo que se dice una persona religiosa. Llevo veinte años sin ver una iglesia por dentro, pero sé lo que es la fe, padre. Sé lo que es creer en algo. Las luces se apagan y vuelven a encenderse. La crecida llega y se va. La gente enferma y se cura. La vida sigue. Eso es la verdadera fe, ¿no? Es lo que queda cuando quitamos esas tonterías sobre el cielo y el infierno, el pecado y la salvación. Hasta el ateo más militante tiene fe en eso. La vida sigue.

—Sí —responde el sacerdote—. La vida sigue.

El centinela enseña los dientes, apunta al pecho del sacerdote con el cuchillo y gruñe:

—No ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho, joder. Por eso no puedo soportar a los suyos. Encienden sus velas, mascullan sus hechizos en latín y rezan a un dios que no está, al que no le importa, o que simplemente es demasiado vago, cruel o ambas cosas. El mundo arde, y usted reza al cabrón que le prendió fuego o lo dejó arder.

El pequeño sacerdote levanta las manos, las mismas manos que consagraron el pan y el vino, como intentando demostrarle al hombre que están vacías, que no desea hacerle daño.

—No pretendo entender los designios de Dios —empieza el sacerdote mientras baja las manos. Mira el cuchillo y cita el libro de Job—: «Así hablaba yo, y nada entendía; eran cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía».

El hombre se lo queda mirando durante un buen rato, un momento muy incómodo en el que no mueve nada más que la mandíbula con la que masca el chicle, que ya no sabe a nada.

—Voy a serle sincero, padre —dice sin ambages—. Ahora mismo tengo ganas de matarlo.

El sacerdote asiente con aire sombrío.

—Me temo que pasará. Cuando comprendan la verdad.

Coge el cuchillo de la mano temblorosa del hombre y le toca el hombro.

El centinela da un respingo, pero no se aparta.

—¿Qué verdad? —susurra.

—Esta —responde el pequeño sacerdote mientras le clava el cuchillo en el pecho hasta el mango.

La hoja está muy afilada, se desliza a través de la camisa con facilidad y se introduce entre las costillas antes de hundirse ocho centímetros en el corazón.

El sacerdote abraza al hombre contra su pecho y lo besa en la cabeza.

«Dios te conceda el perdón y la paz».

Acaba muy deprisa. El chicle se le cae de los labios sin vida, y el sacerdote lo recoge y lo lanza a través de la entrada de la cueva. Deja al hombre sobre el frío suelo de piedra y se levanta con el cuchillo, reluciente de sangre, en la mano. «Sangre de la Alianza nueva y eterna...».

El sacerdote examina el rostro del hombre, y el corazón le arde de rabia y asco. La cara humana es horrenda, de una monstruosidad insoportable. Ya no tenía por qué seguir ocultando su repulsión.

Regresa a la Gran Sala siguiendo el desgastado sendero que se introduce en la cámara principal, donde los demás se agitan y revuelven en su despacible sueño. Todos, salvo Agatha, que está sentada con la espalda contra la pared trasera de la cámara, una mujercilla perdida en la chaqueta con forro de piel que el pequeño sacerdote le había prestado, con la mata de pelo sucio y encrespado convertida en un ciclón gris y negro. La mugre se le acumula en las profundas grietas de su rostro marchito, alrededor de una boca sin la dentadura postiza perdida tiempo atrás y de unos ojos enterrados en pliegues de piel flácida.

«Esta es la humanidad —piensa el sacerdote—. Este es su rostro».

—Padre, ¿es usted? —pregunta ella con voz apenas audible, como el chillido de un ratón, como el agudo grito de una rata.

«Y esta es la voz de la humanidad».

—Sí, Agatha, soy yo.

Ella escudriña la máscara humana que el sacerdote ha llevado desde la infancia, oscurecida por las sombras.

—No puedo dormir, padre. ¿Se sienta un rato conmigo?

—Sí, Agatha. Me sentaré contigo.

2

Transporta los restos de sus víctimas a la superficie, de dos en dos, uno bajo cada brazo, y los lanza al pozo, dejándolos caer sin ninguna ceremonia antes de descender a por otra carga. Después de Agatha, mató a los demás mientras dormían. Nadie se despertó. El sacerdote trabajó en silencio, deprisa, con manos firmes, y lo único que se oyó fue el susurro de la tela al rasgarse cuando la hoja se hundía en cada uno de los corazones de los cuarenta y seis supervivientes, hasta que el único corazón que siguió latiendo fue el suyo.

Al alba empieza a nevar. Sale fuera un momento y levanta el rostro a un cielo que está vacío y gris. Los copos le caen en las pálidas mejillas. Su último invierno en mucho tiempo; cuando llegue el equinoccio, la cápsula descenderá para devolverlo a la nave nodriza, donde esperará a que los entrenados para ello concluyan la erradicación de la plaga humana. Una vez que esté a bordo de la nave, desde la serenidad del vacío, observará cómo lanzan las bombas que arrasarán todas las ciudades de la Tierra, limpiando los vestigios de la civilización humana. El apocalipsis soñado por la humanidad desde el despertar de su consciencia llegará al fin: no a manos de un dios iracundo, sino con indiferencia, tan frío como el pequeño sacerdote al clavar el cuchillo en los corazones de sus víctimas.

La nieve se derrite en su rostro alzado. Cuatro meses para que ter-

mine el invierno. Ciento veinte días para que caigan las bombas; después se desencadenará la quinta ola, los peones humanos programados para matar a los suyos. Hasta entonces, el sacerdote se quedará donde está para asesinar a cualquier superviviente que entre en su territorio.

Casi ha terminado. Ya casi está.

El pequeño sacerdote desciende al Palacio de los Dioses y concluye su ayuno.

3

HACHA

A mi lado, Navaja susurró: «Huye».

Su arma me estalló junto al oído. Su objetivo, una cosita diminuta que era la suma de todas las cosas; su bala, la espada que cortó la cadena que me ataba a ella.

«Tacita».

Mientras moría, Navaja me miró con aquellos ojos dulces y enternecedores, y susurró: «Eres libre. Huye».

Y lo hice.

4

Atravieso la ventana de la torre y el suelo corre a recibirme.

Cuando aterrizo sobre el asfalto, no tengo ni un hueso roto. No

siento dolor. El enemigo me ha mejorado para soportar caídas más graves. La anterior empezó a kilómetro y medio de altura, así que esta es pan comido.

Caigo, ruedo hasta ponerme en pie y rodeo corriendo la torre; después sigo por la pista hacia la barrera de hormigón y la valla coronada con alambre de cuchillas. El viento me ruge en los oídos. Ahora soy más rápida que el animal más rápido de la tierra. El guepardo es una tortuga a mi lado.

Los centinelas del perímetro tienen que haberme visto, y también el hombre de la torre de vigilancia, pero no disparan, no se da la orden de derribarme. Salgo disparada hacia el final de la pista como una bala que sale zumbando del cañón de una pistola.

«No pueden atraparte. ¿Cómo van a hacerlo?».

El procesador integrado en mi cerebro realizó todos los cálculos incluso antes de tocar el suelo, y ya ha transmitido la información a los miles de robots microscópicos asignados a mi sistema muscular; no tengo que pensar en velocidad, sincronización, ni punto de ataque. El nodo lo hace por mí.

Fin de la pista: salto. Aterrizo de puntillas en lo alto de la barrera de hormigón, paro un instante y me impulso para salir lanzada hacia la valla. Me precipito de cara al alambre de cuchillas. Deslizo los dedos por el hueco de cinco centímetros entre los rollos de alambre y la barra de encima para dar una voltereta hacia atrás. Vuelo sobre la valla con los pies por delante, la espalda arqueada y los brazos extendidos.

Clavo el aterrizaje y acelero de nuevo a toda velocidad, de modo que cubro los cientos de metros de terreno abierto entre la valla y el bosque en menos de cuatro segundos. No me persigue ninguna bala. Ningún motor de helicóptero cobra vida para darme caza. Los árboles se cierran detrás de mí como quien corre una cortina, y piso con seguridad el suelo resbaladizo. Llego al río de aguas veloces y negras. Al cruzar, apenas toco la superficie con los pies.

Al otro lado, el bosque da paso a la tundra, kilómetros y más ki-

lómetros de páramo intacto que se extiende hacia el horizonte del norte, una naturaleza sin límites en la que me perderé sin que nadie me detecte ni me moleste.

Libre.

Me paso horas corriendo. El sistema número 12 me mantiene. Apuntala articulaciones y huesos. Reafirma músculos, me da fuerza y resistencia, y anula el dolor. Solo tengo que rendirme a él; solo tengo que confiar, y aguantaré.

«VQP». A la luz de cien cadáveres ardiendo, Navaja se grabó esas letras en el brazo. VQP. «El que aguanta, conquista».

«Hay cosas —me dijo la noche antes de su muerte—, incluso las más pequeñas, que valen la suma de todas las cosas».

Navaja comprendía que yo no sería capaz de escapar si Tacita se quedaba allí, sufriendo. Debería haberme dado cuenta de que me traicionaría para salvarme. Lo había hecho desde el principio. Había matado a Tacita para que yo viviera.

El anodino paisaje se extiende en todas direcciones. El sol desciende por el extremo del cielo sin nubes. En el viento cortante que me lacera la cara, las lágrimas se congelan al caer. El sistema número 12 puede proteger del dolor que aflige al cuerpo, pero no tiene nada que hacer contra el dolor que aplasta el alma.

Horas después, sigo corriendo mientras el cielo chupa la última luz y aparecen las primeras estrellas. Y ahí está la nave nodriza, flotando en el horizonte, como un ojo verde sin párpados que nos mira desde arriba. No se puede huir de él. No hay donde esconderse. No hay forma de alcanzarlo, es inexpugnable. Mucho después de que el último ser humano se convierta en un puñado de polvo, seguiré ahí, implacable, impenetrable, incognoscible: Dios ha sido destronado.

Y sigo corriendo. A través de un paisaje primigenio que no ha sido mancillado por el ser humano, el mundo tal y como era antes de que la confianza y la cooperación desataran la bestia del progreso. El mundo completa el círculo, de vuelta a lo que era antes de que lo

conociéramos. El paraíso perdido. El paraíso retornado. Recuerdo la sonrisa de Vosch, triste y amarga: «Un salvador, ¿eso es lo que soy?».

Huir a ninguna parte, huir de ninguna parte, huir por un paisaje vacío de un blanco perfecto bajo la inmensidad de un cielo indiferente, ahora lo veo. Creo que lo entiendo.

Se reduce a la población humana hasta tener una cantidad sostenible, después se le arrebató la humanidad, ya que la confianza y la cooperación son amenazas reales para el delicado equilibrio de la naturaleza, los pecados inaceptables que llevaron al mundo al borde del abismo. Los Otros concluyeron que el único modo de salvar el mundo era aniquilar la civilización. No desde fuera, sino desde dentro. La única forma de aniquilar la civilización humana era cambiar la naturaleza humana.

— 5 —

Seguí corriendo. Nadie me perseguía. A medida que transcurrían los días, cada vez me preocupaba menos por los helicópteros que pudieran lanzarse en picado sobre mí para soltarme sus equipos de asalto, y más por mantenerme caliente y encontrar agua corriente y proteínas con las que mantener a la frágil anfitriona del sistema número 12. Excavé agujeros para esconderme, construí techados bajo los que dormir. Afilé ramas de árbol para convertirlas en lanzas con las que cazar conejos y alces, y comer su carne cruda. No me atrevía a encender una fogata, aunque sabía hacerlo; el enemigo me enseñó en el Campo Asilo. El enemigo me enseñó todo lo que necesitaba saber para sobrevivir en la naturaleza, después me dio tecnología alienígena que ayudó a que mi cuerpo se adaptara. Me enseñó a matar y a

evitar que me mataran. Me enseñó lo que los seres humanos habían olvidado al cabo de diez siglos de cooperación y confianza: me enseñó lo que era el miedo.

La vida es un círculo unido por el miedo. El miedo del depredador. El miedo de la presa. Sin miedo, no habría vida. Intenté explicárselo a Zombi una vez, pero creo que no me entendió.

Duré cuarenta días en la naturaleza. Y no, no se me escapa el simbolismo.

Podría haber durado más. El sistema número 12 me habría mantenido más de cien años. Reina Marika, la solitaria, la antigua cazadora, un cascarón sin alma que roe los huesos secos de animales muertos, la soberana incontestable de un dominio sin sentido, hasta que el sistema por fin se derrumbara y su cuerpo se deshiciera o acabara devorado por los carroñeros, sus huesos desperdigados como runas sin leer en un paisaje abandonado.

Regresé. A esas alturas, ya me había dado cuenta de que no irían a buscarme.

Vosch me llevaba dos jugadas de ventaja, como siempre. Tacita estaba muerta, pero yo seguía atada a una promesa que nunca había hecho a una persona que, seguramente, también estaría muerta. Pero la probabilidad carecía ya de todo sentido.

Él sabía que yo no podría abandonar a Zombi, no cuando todavía cabía una posibilidad de salvarlo.

Y solo había una forma de hacerlo, cosa que Vosch también sabía. Tenía que matar a Evan Walker.

**DESPUÉS DE LA QUINTA OLA...
HEMOS SIDO TRAICIONADOS.
PRIMERO, POR LOS OTROS.
AHORA, POR NOSOTROS MISMOS.**

La última fase de la invasión está a punto de completarse, lloverán bombas sobre las ciudades y la quinta ola ejecutará a los supervivientes. El fin de la especie humana está asegurado y Cassie Sullivan y sus compañeros saben que ha llegado el momento de escoger: entre el amor o el miedo, la confianza o la sospecha, el odio o el sacrificio, la fe o la barbarie... Entre salvarnos a nosotros mismos o salvar aquello que nos hace humanos. Y es que todo terminará donde empezó: la última batalla tendrá lugar en el último corazón humano y acabará con su último latido.

**NOS HAN VACIADO DE TODO Y NOS HAN LLENADO DE ODIOS.
NOS HAN ARREBATADO LA ESPERANZA.
PERO NO SABEN... QUE ESTAMOS DOBLADOS,
PERO NO ROTOS.**

**EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO**

**¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA**

RBA MOLINO



9 788427 210004

www.laquintaola.com

RBA MOLINO